

RESEÑAS DE LIBROS

Michael Novak. *The Catholic Ethic and the Spirit of Capitalism*. New York: The Free Press, 1993, 336 pp.

Michael Novak es un ensayista norteamericano ampliamente conocido por sus columnas de opinión en publicaciones periódicas de gran circulación. Asimismo, su libro *El Espíritu del Capitalismo Democrático*, publicado originalmente en 1981, fue un rotundo éxito de librerías. Durante la década pasada, estos dos trabajos acreditaron a Novak no tanto como un académico puro sino más bien como un divulgador de ideas extraordinariamente dotado, cuyo aporte se distinguía no sólo por la claridad y el apasionamiento de su estilo sino también por su notable capacidad de sintetizar ideas y tesis complejas.

En el libro que acaba de publicar, *The Catholic Ethic and the Spirit of Capitalism*, Novak alcanza una cumbre aún más alta dentro de la misma línea de trabajo. Exitosamente, este volumen logra presentar una sugerente síntesis del pensamiento de Friedrich A. Hayek y Juan Pablo II. Concebido como una refutación de la obra clásica de Max Weber, *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, esta obra resulta, sin embargo, más que una simple respuesta polémica al gran pensador alemán. Se trata de una novedosa presentación de las bases morales que hacen posible el funcionamiento del sistema económico capitalista.

La tesis central del libro de Novak es que no sólo el capitalismo es perfectamente compatible con el catolicismo sino que él resulta inclusive su expresión natural en el ámbito

económico. Novak reconoce que catolicismo y capitalismo no han sido términos que hayan resultado siempre evidentemente compatibles. Sin embargo, sostiene no sólo que sí lo son sino también que la única manera de salvar al capitalismo de los excesos auto-destructivos en los que puede caer es brindándole los sólidos criterios morales de la religión central de Occidente: el catolicismo.

Novak hace una revisión cuidadosa de la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, publicada en 1891. En la misma, el Papa sostuvo claramente la incompatibilidad del catolicismo y el socialismo, acusando a éste de endosar una errada concepción de la naturaleza humana. Esa misma línea de pensamiento se encontró también en la encíclica *Quadragesimo Anno*, de Pío XI, publicada en 1931. Sin embargo, en esta última encíclica se introdujo el concepto de "justicia social", que generaría una niebla conceptual por varias décadas.

En los países latinos de Europa y América, estas dos primeras encíclicas papales inspiraron a movimientos de opinión pública que no tardarían en dar paso a sendos partidos políticos socialcristianos. Novak analiza en detalle el pensamiento de Amintore Fanfani, uno de los grandes líderes democristianos de Italia, quien desarrollaría la tesis de la "tercera vía, ni capitalista ni comunista". La misma tuvo uno de sus más fervientes seguidores en el pensamiento de Héctor Cornejo Chávez, el líder principal de la Democracia Cristiana en el Perú y fue también recogida por otros líderes latinoamericanos como el chileno Radomiro Tomić.

Luego del Concilio Vaticano II, el movimiento socialcristiano experimentaría una radicalización considerable. Con el advenimiento de la teología de la liberación, ya no se hablaría más de una tercera vía sino de un franco endoso católico al sistema socialista. Las encíclicas papales de Juan XXIII y Pablo VI nunca autorizaron claramente tal asociación, pero sí se podría afirmar que se acercaron a las posiciones socialdemócratas, favorables al llamado "Estado bienestar". En *Pacem in Terris*, publicada en 1963, Juan XXIII lista y desarrolla extensamente los derechos de la persona; a su turno, Pablo VI habla, en distintos documentos, de la socialización de la economía.

Sin embargo, con la ascensión de Karol Wojtyła al Trono de Pedro, en 1978, se realiza un nuevo nacimiento de la libertad. Como polaco, el nuevo Pontífice había vivido en carne propia la experiencia del "socialismo realmente existente". A él no se le podían contar historias. Conocía las humillaciones a la dignidad humana que infligía a los hombres de carne y hueso semejante sistema de organización económica: la concentración de poder político y económico en las mismas manos generaba sociedades pobres y burocratizadas, en las que los dobles estándares morales terminaban produciendo la apatía generalizada de la población. Juan Pablo II sabía que el socialismo llevaba inevitablemente a esta miseria económica y moral.

Como académico y profesor universitario, el futuro Pontífice había estudiado profundamente las raíces de los males socialistas. Éstos no eran producto de la casualidad. No se trataba que el marxismo hubiera sido mal aplicado en Europa oriental. El problema estaba en la fuente ideológica misma, en la errónea antropología forjada por Marx. Se trataba de una visión del hombre que negaba a éste su dimensión trascendente, en la que radica la clave central del valor humano de la libertad. El socialismo era la aplicación lógica de una concepción del hombre puramente inmanente. Así, su desmoronamiento en la Europa oriental de 1989 no tomaría por sorpresa a Juan Pablo II.

En 1991, al conmemorarse los cien años de la *Rerum Novarum*, Juan Pablo II publica la encíclica *Centesimus Annus*. Este documento pon-

tificio hace una revalorización del capitalismo, al que prefiere llamarlo "economía empresarial", 'economía de mercado' o simplemente 'economía libre'. Juan Pablo II encuentra que el valor fundamental de este sistema económico está dado por la promoción de la creatividad humana que él realiza. En el capitalismo, el recurso productivo más importante es el capital humano, esto es, los hombres mismos, con toda la formación moral y la información profesional que puedan haber acumulado.

Esta interpretación del capitalismo es fundamental para Latinoamérica, que se encuentra *ad portas* de su propia revolución industrial. Siendo un continente básicamente católico, su apuesta al capitalismo no tiene por qué significar una renuncia a su antigua tradición religiosa. Al contrario, Latinoamérica está a tiempo de descubrir que las bases morales adecuadas para que el capitalismo funcione son, precisamente, las que puede brindar, mejor que ningún otro credo religioso, el catolicismo. Para acreditarlo, Novak propone un severo análisis de la sociedad norteamericana actual. ¿Qué está ocurriendo hoy en los Estados Unidos?

La tesis de Max Weber, respecto del protestantismo como base moral del capitalismo, pareció estar acreditada firmemente por la experiencia estadounidense. Sin embargo, a finales del siglo XX, no es sólo posible sino inclusive necesario hacer una nueva evaluación de la misma. La economía y la sociedad norteamericanas enfrentan actualmente una seria crisis que, según Novak, tiene sus raíces en la debilidad última del protestantismo como credo religioso. Problemas tan vastos y complejos como son el enorme déficit del gobierno federal y la pérdida de liderazgo político registrados en Estados Unidos tienen su explicación última, según Novak, en el relativismo moral en el que el protestantismo ha terminado desembocando.

Los norteamericanos -especialmente, sus élites intelectuales- han olvidado que su sistema económico y político se basaba en la creencia de que, como escribió Thomas Jefferson, existen ciertas verdades "evidentes por sí mismas". Esto es, que tenían una raíz religiosa de la cual no es posible renunciar sin pagar un precio. La difusión y el prestigio del relativismo

moral endosado por la filosofía analítica, el psicoanálisis y otras teorías *dizque* científicas ha desembocado en el agujero negro del nihilismo más devastador. El celebrado filósofo Richard Rorty ha tenido inclusive el desparpajo de proponer como fórmula moral para la sociedad norteamericana actual y futura el "nihilismo gozoso".

Novak afirma que el prestigio intelectual del que goza el nihilismo es fruto de una escala de valores contra la que se debe luchar, si es que se quiere preservar en el largo plazo las bondades del capitalismo y la democracia como sistemas de organización social. En sus raíces, en su expresión original que fuera brindada por John Locke, el liberalismo arrancó por distinguir las esferas de lo religioso y lo político. Sin embargo, esa división no fue nunca absoluta, ni siquiera en el mismo Locke. No debe olvidarse que, al tiempo de ser el gran pensador de la autoridad democrática -esto es, limitada por un sistema de pesos y contrapesos institucionales-, Locke fue también el gran pensador anglosajón del derecho natural -inconcebible sin un Creador.

Éstos y otros temas más, de no menor importancia, estudia esta obra. El libro de Novak aborda temas de apasionante interés histórico para los norteamericanos. Sin embargo, para los latinoamericanos, encierra también el germen de un programa de acción hacia el futuro.

José Luis Sardón

Francis Fukuyama. *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Barcelona/Bogotá: Editorial Planeta, 1992, 475 pp.

"Alexandre Kojève creía que, en definitiva, la historia reivindicaría su propia racionalidad."

En 1989 Francis Fukuyama publicó un ensayo de filosofía social que ya desde su sugerente título -¿*El Fin de la Historia?*¹- habría de causar revuelo en los corrillos académicos internacionales. Así, también entre nosotros cir-

cularon versiones del artículo, causando diversidad de comentarios, algunos serios, y otros muchos, distorsionados ecos de quienes -en secular usanza nacional- sólo hojearon el texto o, peor aun, sólo lo conocieron de oídas, con todas las deformaciones que trae ese tipo de simplificaciones, reduccionistas a veces hasta la caricatura. En el mundillo académico peruano pues, más retumbaron los ecos que el sonido original.

Entre las referencias serias al artículo merecen destacarse las que hiciera repetidamente Jaime de Althaus (científico social de profesión) en la página editorial de *Expreso* a mediados de 1992, y las del filósofo Miguel Giusti, de la Universidad Católica, y Felipe Ortiz de Zavallos en *Apuntes* N°29, aunque estas últimas en un nivel de difusión más restringido que aquéllas. Interesante es también la detenida reflexión que hace Antonio Belaunde Moreyra, competente y veterano filósofo *amateur*, en el primer número de la nueva serie del *Mercurio Peruano*, que él mismo edita. Estos aportes representan una lectura y una crítica diferenciadas de las tesis de Fukuyama.

Un artículo y unas tesis que causasen tal revuelo no podían sino exigir una secuela detallada, que contuviese el sustento empírico y argumenticio correspondiente. Tal vino en forma de un libro, que bajo el título *El Fin de la Historia y el Último Hombre* editara la filial colombiana de Editorial Planeta en julio de 1992².

El autor, Francis Fukuyama, -nacido en Chicago en 1952, formado en Harvard y doctorado en Yale- había sido hasta poco antes director adjunto de planificación política en el Departamento de Estado de los Estados Unidos y es actualmente asesor residente de la Rand Corporation con sede en Washington. (Un currículum de esta naturaleza garantiza, por lo menos en parte, que no estamos frente a un académico que se escude en ilusas teorías, ni tampoco frente a un ignorante en las serias cuestiones de la filosofía de la historia y de las sociedades. Siendo así, su aporte deberá mirarse con discreción y análisis.)

Su libro tiene 475 páginas, incluye un acápite 'A Modo de Introducción' - que refiere